

de los seres vivientes» (1). Séneca se encarniza, sobre todo, con Alejandro que, «bandido desde la infancia, destructor de las naciones, estimaba como soberano bien ser el terror de los hombres, olvidando que no solamente los animales más valientes, sino los más cobardes, se hacen temer por su veneno..... Aquel desgraciado Alejandro estaba poseído de la manía rabiosa de devastar los países extranjeros. No contento con la ruina de tantas ciudades como Filipo había tomado ó comprado, se fué á destruir otros países y á llevar sus armas por toda la tierra; su crueldad no se podía satisfacer; hacía, como una fiera, más carnicería que la que era necesaria para saciar su hambre. Había ya juntado muchos reinos: ya los Griegos y los Persas temían al mismo dueño, ya las naciones que Darío no había sometido aceptaban el yugo, y sin embargo, pasó más allá del Océano y del Oriente; quiso forzar á la naturaleza misma» (2).

Séneca no advierte los beneficios de la guerra, y desconoce enteramente la figura ideal del héroe griego. Plutarco vengará al conquistador civilizador del desprecio del estóico romano. Sin embargo, no condenaremos en absoluto las invectivas de Séneca. No debe confundirse el sentimiento que inspira al escritor con los juicios que emite: la inspiración puede ser verdadera, aunque las conclusiones sean falsas. El amor de la humanidad ha producido en Séneca la aversión á la guerra; nada más legítimo. Su filosofía lleva á la cabeza estas palabras sagradas: fraternidad y caridad; nada más justo. Pero hay aún en la vida del hombre otro elemento que Séneca desprecia, la libertad. Como estóico, le bastaba la libertad interior. No queremos despreciar su valor, pero la libertad civil y política tiene también su precio: es el reconocimiento y la garantía del principio de la individualidad. Las naciones tienen derecho á ella, como los individuos. Si su independencia es desconocida, ¿no tienen el derecho de recurrir á las armas para defenderla? Los antiguos hasta llegaban á legitimar el asesinato, cuando la víctima era un usurpador, un tirano. Con mayor razón es santa la guerra, cuando se emplea la fuerza para

(1) SENEC., *De Clement.*, I, 26; *Epist.* 96, 113; *Quæst. Nat.*, III, *Præfat.*

(2) *IBID.*, *De Benef.*, I, 13; *Epist.*, 94. C. *Epist.* 119; *De Benef.*, II, 16, v, 2.

sostener el derecho. Luego la guerra no es siempre un crimen, aún bajo el punto de vista de nuestra civilización. Confundiendo en una misma reprobación toda especie de guerra, Séneca se ha dejado arrastrar á las exageraciones declamatorias, de que gustaban los filósofos del último siglo.

#### § IV. — Los dos Plinios.

##### N.º 1.—*Plinio el Viejo.*

La analogía que hemos notado entre las doctrinas de Séneca y las del siglo XVIII existe en los sentimientos generales de las dos épocas. Hay en ellas un rasgo común, y es la caída de las antiguas creencias, que lleva consigo la disolución intelectual y moral. No pudiendo creer en las divinidades del paganismo, la razón empezó á negar á Dios. Este ateísmo, que siempre se ha censurado en Plinio el Viejo, no era sino el sentimiento profundo de la nada de las cosas humanas que se apodera del hombre cuando carece de religión (1). Nada más triste que el estado moral de aquella sociedad sin fe: una corrupción tan gigantesca como el Imperio, consumía las fuerzas que le quedaban.

El espectáculo de un mundo podrido hizo volver á lo pasado á los hombres á quienes el cristianismo no iluminaba; los unos procuraban reanimar creencias muertas; los otros se complacían en imaginar un pretendido estado de naturaleza en el cual los vicios de la civilización eran desconocidos. Este sentimiento aparece en Plinio en declamaciones contra el lujo y aún contra los descubrimientos más útiles. Maldice al que inventó las monedas (2); echa de ménos el tiempo en que no había comercio, sino solamente cambios para satisfacer las necesidades de la vida (3). En su ceguera

(1) «*Solum istud certum est, nihil esse certi, nec miserius quidquam homine, nec superbius*» (PLIN., H. N., II, 5 (7), 9).

(2) El empleo del oro y del mármol para satisfacer las pasiones de los hombres es un crimen (PLIN., XXXIII, 1, 3, 4, 13; XXXVI, 1).

3 PLIN., XXXIII, 3: «Pluigiense á los dioses que se pudiese desterrar de la so-



llega hasta á considerar la navegacion como un crimen; no encuentra suficientes execraciones contra el inventor de este arte funesto, que, no contento con que el hombre muriese sobre la tierra, quiso aún que pereciese sin sepultura (1). Rousseau recordaba también á los hombres en su estado natural y preferia la condicion de los salvajes á la civilizacion de su tiempo; pero por una feliz inconsecuencia, al lado de esta conversion hácia un pasado imaginario, habia en él una aspiracion infinita hácia el porvenir. Hemos hallado en las tragedias de Séneca un presentimiento de la doctrina del progreso, que constituye la gloria del siglo XVIII. En Plinio, la idea de la perfectibilidad humana tiene más claridad, al ménos en el dominio de la inteligencia. El sabio enciclopedista, al enumerar en su cuadro inmenso los descubrimientos que los hombres habian hecho en las ciencias y las artes, observó que se habia realizado y se realizaba diariamente un progreso considerable; el espectáculo del pasado le inspiró confianza en el porvenir. No ve límite en el poder del hombre: «¡Cuántas cosas se consideraban como imposibles ántes que se hubiesen hecho! Tengamos, pues, la firme confianza de que los siglos van perfeccionándose sin cesar» (2).

Cuando el espíritu humano ha perdido la fe en una causa primera, cae de una inconsecuencia en otra. Los filósofos del último siglo profesaban el materialismo, doctrina desconsoladora que conduce al egoismo en moral, y en política á la guerra de todos contra todos. Felizmente, la bondad de la naturaleza triunfa de los falsos sistemas. Hé aquí por qué la caridad era la religion de los ateos, y la humanidad su teoría social. La misma contradicción se encuentra en Plinio: en el capítulo en que expresa sus dudas sobre las divinidades del Olimpo, confiesa que si hay un título para la apoteosis, consiste en hacer bien á los hom-

ciudad esta sed maldita del oro.... del oro, objeto de las invectivas de todas las almas nobles; del oro, descubierto para la pérdida de la humanidad! ¡Feliz el siglo en que no habia otro comercio que simples cambios naturales!» (Traduccion de LITTRÉ).

(1) PLIN., XIX, 1, 4.

(2) IBID., VII, 1, 7; II, 13 (16), 1.

bres (1). Este pensador melancólico, que considera la muerte como el mayor beneficio de nuestra naturaleza, felicita á Tiberio por haber abolido los sacrificios humanos en Germania y en Africa (2). Sus sentimientos sobre la guerra son los de los filántropos más ardientes.

La gloria unida á la sangre vertida, esa preocupacion de que tanto trabajo cuesta el librar á los pueblos, era omnipotente en una edad en que la guerra era permanente. Plinio se queja «de que los nombres de los inventores más útiles pasen desapercibidos, mientras que nos complacemos en consignar en los anales las muertes y la carnicería, á fin de que los criminales sean conocidos de aquellos que no conocen el mundo que habitan» (3). El naturalista romano llama crimen á la guerra; se entrega á una violenta declamacion contra los que se han servido para la destruccion de la especie humana del hierro, creado para la utilidad del hombre (4). Los Romanos apreciaban la gloria de sus generales por el número de enemigos muertos. Segun esta cuenta, ninguno merece más triunfos que César; 1.192.000 hombres perecieron, dícese, en los combates que libró, sin hablar de las sangrientas batallas de las guerras civiles: Plinio echa en cara al gran hombre toda esta sangre, como una injuria inferida á la humanidad (5). Sin embargo, es más justo para con Roma que lo es Séneca para con Alejandro; reconoce los beneficios de sus conquistas. «La Italia ha sido elegida por la providencia de los dioses para reunir imperios dispersos, dulcificar las costumbres, aproximar por la comunidad del lenguaje los idiomas discordantes y salvajes de tantos pueblos, dar á los hombres la facultad de entenderse, administrarlos, en una palabra, para llegar á ser la patria única de todas las naciones del globo» (6). Plinio hace votos por la duracion de la paz de que goza la tierra bajo el inmenso y majestuoso imperio

(1) PLIN., II, 5, 4: «*Deus est mortali juvare mortalem, et hæc ad æternam gloriam via.*»

(2) IBID., XXX, 4 (1).

(3) IBID., II, 6, 13.

(4) IBID., II, 63, 6; II, 68, 4; XXXIV, 39 (14).

(5) IBID., VII, 25.

(6) IBID., III, 6, 2.



de Roma: «¡Ojála sea duradero este presente de los dioses que parecen haber hecho nacer á los Romanos, como una segunda luz para iluminar al mundo!» (1).

Estos sentimientos cosmopolitas del naturalista latino se vuelven á encontrar en Buffón. El espectáculo imponente de la naturaleza, la contemplacion de las maravillas que ofrece á nuestra vista bajo todos los climas y en todas las partes de la tierra, ejercen una influencia bienhechora en el espíritu del hombre; se pone por cima de las pequeñas pasiones de una ciudad limitada para considerar el universo; desaparece entónces la variedad en el seno de la gran unidad.

N.º 2.—*Plinio el Joven.*

El cosmopolitismo y la filantropía gozan de mal renombre. Rousseau acusaba á los filósofos, sus contemporáneos, de amar á los Hotentotes para dispensarse de amar á sus vecinos. Pudiera decirse otro tanto de más de un cosmopolita de Roma, comenzando por el más brillante de todos, Ciceron. Las sátiras, por fundadas que sean, nos impresionan poco; nada prueban contra la grandeza del hombre, sino contra su imperfeccion, lo cual no es un descubrimiento muy nuevo. La inconsecuencia de los filósofos atestigua mucho ménos todavía que su doctrina es falsa. La religion, que tiene más poder que la filosofía, no llega siempre á moralizar al creyente: ¿es esto decir que la religion es responsable de las debilidades de los que la profesan? Esto no impide el que se vea con satisfaccion que hay hombres en los que la vida está en armonía con la doctrina. Tal fué Plinio el Joven: es un apóstol de la humanidad, y la practicó. Su vida entera no fué sino una serie de obras buenas, de servicios prestados ya á los particulares, ya al Estado. Como abogado, jamas recibió el más humilde presente de sus clientes; sin embargo, la elocuencia era en su tiempo más venal que nunca; el Senado se vió obligado á poner un freno á la codicia, fijando el precio de un trabajo que segun Plinio no debia tenerlo.

(1) PLIN., XXVII, 1.

Es necesario leer en la vida de Plinio, por Sacy, con qué exquisita delicadeza prestaba sus servicios; era casi caridad cristiana. Su fortuna era mediana para un hombre de su condicion; encontró el secreto de hacer magníficas liberalidades, privándose de todo lo que la modestia y la frugalidad le aconsejaban que rehusase. Es además el hombre de la civilizacion moderna por sus fundaciones. Estableció escuelas en Cuma, su patria, y contribuyó en una tercera parte para los salarios de los maestros. Añadió á ellas una biblioteca y fundó pensiones para los jóvenes que no tenían los medios necesarios para estudiar (1).

La vida de Plinio es la expresion de su doctrina. Lo que escribió sobre la indulgencia sería digno de un discípulo de Jesucristo: «¿No conocéis gentes de esas que, esclavas de todas sus pasiones, se indignan contra los vicios de los demas, como si les tuvieran envidia y censuran más severamente á aquellos á quienes imitan más? Sin embargo, nada honra tanto como la indulgencia aún á aquellos que no necesitan de la indulgencia de nadie. El hombre perfecto es aquel que perdona con tanta bondad como si cada día cometiese algunas faltas, y que las evita con tanto cuidado como si no perdonára á nadie. Debemos ser inexorables para con nosotros, indulgentes para con los demas, aún para aquellos que no saben perdonar sino á sí mismos. No olvidemos nunca lo que decia muchas veces Thraseas, que no era ménos grande por su humanidad que por sus demas virtudes: *Aquel que odia los vicios odia á los hombres.* Preguntaréis tal vez á quién aludo cuando escribo esto. Cierta persona, dias pasados.... Pero será mejor contároslo de viva voz, ó mejor aún callarme. Temo que declararles la guerra, volver á decir lo que hacen, sea precisamente hacer lo que yo desapruero, y desmentir mis preceptos con mis acciones» (2).

Damos tanta más importancia á la moral de Plinio, cuanto que no es un filósofo de profesion; no es, tampoco, un genio superior. Es necesario, pues, que se hayan operado grandes progresos en las costumbres, para que un escritor de un talento regular

(1) *Vida de Plinio el Joven*, por SACY.

(2) *Epist.* VIII, 22 (traduccion de SACY).



profese una moral que está tan poco en armonía con el genio de la antigüedad. El lento trabajo de los siglos preparaba el camino al cristianismo. ¡Espectáculo admirable! Aquellos mismos que condenaban á los cristianos trabajaban por el progreso de la nueva religion, enseñando y practicando la humanidad y la caridad.

Escuchemos los consejos que Plinio dirige á un amigo, nombrado para el gobierno de la Grecia: «Vas á Atenas, debes mandar en Lacedemonia: Sería inhumanidad, crueldad y barbarie el quitarles la sombra y el nombre de libertad que les quedan. Ten continuamente presente que hemos tomado nuestro derecho de ese país, que no hemos impuesto leyes á ese pueblo despues de haberle vencido, sino que él nos ha dado las suyas, por habérselo rogado.... No ataques la dignidad, la libertad, ni aún la vanidad de nadie. Nada de orgullo, nada de dureza. El terror es un medio poco seguro para atraerse la veneracion, y se obtiene lo que se quiere mucho más fácilmente por amor que por temor. Porque el temor desaparece en cuanto te alejas, mientras que el amor queda» (1).

Los sentimientos humanos de que está penetrada el alma de Plinio resplandecen en toda su belleza cuando habla de sus esclavos. «La enfermedad de mis gentes, escribe á un amigo, la muerte de algunos en la flor de su edad, me han llenado de tristeza.... No ignoro que otros muchos tratan de semejantes desgracias como de una simple pérdida de bienes, y que con tales ideas se creen grandes hombres, y muy sabios. En cuanto á mí no sé si son tan grandes y tan sabios como lo piensan, pero sé bien que no son hombres» (2).

¡Quién no admirará estos sentimientos, al pensar que es un Romano el que los expresa, y con ocasion de la muerte ó de la enfermedad de un esclavo! ¿Se dirá que este maestro humano, este

(1) *Epist.* VIII, 24.

(2) *Epist.*, VIII, 16. En otra parte escribe: «Tengo siempre presente este verso de Homero: *Tenia para sus gentes una dulzura de padre.* Y no olvido el nombre de padre de familia, que entre nosotros se da á los amos.» (*Epist.* V, 19.) Compárese *Epist.* II, 6: «Mis libertos no beben el mismo vino que yo, pero yo bebo el mismo vino que ellos.»

pensador que habla de amor y de caridad, no condena, sin embargo la esclavitud, que no dice una palabra en favor de la libertad humana? Responderémos que Jesucristo y San Pablo, aunque predicaban la fraternidad y la igualdad, no se cuidaban de pedir la abolicion de la esclavitud, y que, por el contrario, predicaron la sumision á los señores y á todos los poderes. Las grandes reformas se operan lentamente; cada hombre tiene su parte en este largo trabajo de la civilizacion. No se realiza el progreso sino cuando se han madurado los tiempos. ¡Gloria á todos los que á él hayan contribuido con sus esfuerzos!

#### § V. — Plutarco.

La filosofía de la historia, tal como nosotros la queremos hoy, era desconocida de los antiguos. No se la encuentra en los escritos de Plutarco, aún cuando historiador y filósofo. Mezcla, á la verdad, observaciones filosóficas con sus relaciones, pero se refieren á la moral más que al derecho de gentes. Tiene él mismo el cuidado de decirnos que escribe con un objeto moral estas biografías, que han tenido el raro privilegio de encantar á los más grandes genios (1). Como filósofo, Plutarco no tiene sistema propio. Procede de Platon; pero el estoicismo, aunque le ataca, ha ejercido también influencia sobre sus doctrinas políticas (2). La filosofía de Plutarco se enlaza á una concepción religiosa, superior por sus tendencias á las creencias paganas. Hemos apreciado el sincretismo, obra imposible, pero que revelaba la necesidad de una fe nue-

(1) PLUTARCH., *P. Emil.*, c. 1: «La historia es para mí como un espejo en que me miro, para tratar, en cuanto esté en mí, de arreglar mi vida y de formarla sobre las virtudes de los grandes hombres.... Ocupado en componer estas Vidas, me instruyo á mí mismo, recogiendo sin cesar en mi alma los recuerdos de los hombres más virtuosos y más ilustres; y si contraigo, por el contagio de la sociedad en que estoy obligado á vivir, alguna disposicion viciosa, depravada é indigna de un hombre de honor, me basta para rechazarla y desterrarla lejos de mí, para calmar, para dulcificar mi pensamiento, volverme hácia estos modelos perfectos de sabiduría y de virtud» (Traduccion de PIERRON).

2 RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. IV, p. 532.